

Sesión necrológica

En memoria del Excmo. Sr. Dr.D. Benjamín Narbona Arnau

Celebrada el 29 de septiembre de 2015

*Justo Medrano Heredia**

Vicepresidente de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

*Sr. Rector Magnífico de la UV,
Sr. Presidente de la RAMCV,
Sr. Presidente del IMV,
Sr. Director general de Investigación,
Sras. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres. Colegas,
Sras. y Sres,
Queridos y estimables amigo*

Hace unos días, pocas semanas..., celebrábamos aquí mismo junto a Benjamín Narbona su nombramiento como Académico de Honor de ésta ya pronto bicentenaria Academia de Medicina de Valencia y de la Comunidad Valenciana. Él, sereno y displicente desde su permanente modestia pero atento, escuchaba a sus compañeros lo que de él y también hacia él, decían. Hoy superando la tristeza de su desaparición, hacemos una parada especial en nuestras vidas, para entre todos – académicos, compañeros, colegas, discípulos, familiares, amigos y pacientes- recordar la suya, conscientes así mismo de que Benjamín seguirá ocupando nuestras mentes y nuestros sentimientos mientras nosotros vivamos. Un Acto conjunto entre todos Vds., la RAMCV y el IMV, del que también fue Presidente, representado hoy aquí precisamente a través de uno de sus más queridos discípulos, el también académico y querido amigo Cristóbal Zaragoza.

Éste es otro pues, quizás postrero gesto conjunto de afecto hacia él, el que ésta tarde venimos a compartir entre nosotros, los que hemos tenido la suerte de conocerlo, convivirlo o trabajar disfrutando junto a él.

Un homenaje que le debe Valencia como Ente histórico, como conjunto social y digo yo, como obligación moral, a quien ha sido y es, uno de sus más genuinos hijos. Si alguien representa de forma destacada la Bonhomía y la Cultura valenciana, más allá de la propia Medicina es el Profesor Benjamín Narbona Arnau.

Al llegar aquí, me permito preguntarnos ¿en que se sustenta la presencia de una ausencia? como la de éste gran prohombre valenciano, culto y distinguido abanderado del tránsito hacia la cirugía actual.

La Cirugía valenciana es probablemente una de las más antiguas de Europa, ya que hunde sus raíces en la Edad Media y así es, que el mismo Benjamín Narbona en su Libro “Colegio y Escuela de Cirugía de Valencia” realza la contribución valenciana a la Medicina universal y en especial a la Cirugía, ya desde el s. XI a través de sus hombres de frontera y hasta hoy. Así, la Universidad de Valencia fue una de las primeras de Europa que contó con una Cátedra de Cirugía al incorporar en 1502 la Escuela de Cirugía que venía funcionando en la Ciudad desde 1462. En aquel entonces algunos médicos valencianos por su valía y fama, asistieron también a Papas y Reyes.

Si la realidad no fuera tan cruel, todas las bibliotecas de las Unidades de Cirugía de nuestra Comunidad deberían disponer de un ejemplar de éste su libro, para que los residentes y algunos más, además de técnica y ante el reto permanente del “quo vadis” de la cirugía, pudieran contribuir a reflexionar de donde vienen. Para crear hay que poner siempre a la historia y a la memoria por delante.

La Antigüedad imbuida de misticismo, filosofía y fantasía había separado erradamente la acción del Quirós de la Medicina clásica. “Todo trabajo manual es degradante”, y cedió con ello la mano a la pura lucubración en la medicina. Y eso que la mano es el vínculo del hombre y su cerebro con el mundo, el eslabón que hace desaparecer la aparente contradicción entre teoría y praxis, humanizando la Naturaleza y dándole forma. Las manos constituyen el dócil instrumento del inigualable desarrollo del hombre; ¿qué sería de un director de orquesta, de un escultor o de un orador?..., sin la expresión de la mano. ¿Cuántos sentimientos puede expresar el lenguaje sutil de las manos de un médico en el que confías?

Con la desaparición física de Benjamín, tras la reciente de Pepe Cano Ivorra y antes la de Don Carlos, Don Carlos Carbonell Antolí, co-inductor con Don Paco Gomar de la renovación docente de las especialidades médico-quirúrgicas en España, desaparece el último de una saga de académicos cirujanos adelantados, que marcaron nuestro camino y hasta hoy, desde la Universidad, el Hospital Clínico y el Hospital General.

Siempre me llamó la atención desde lejos y desde cerca, el respeto, la compenetración y la amistad con las que se distinguieron los tres, el uno a los otros y los otros al uno.

En tiempos más o quizás también difíciles, pero con escasos medios y menos recursos, supieron aprovecharlos al máximo, propiciando además un ambiente de confianza en el atrevimiento de los más jóvenes. Facilitando con ello de forma indirecta y también directa a través de sus discípulos, el desarrollo en éstas tierras de una cirugía actualizada a los nuevos tiempos. Hoy la Cirugía de toda nuestra Comunidad valenciana – como Ciencia médica y más allá de la provisión política y administrativa, con sus inequidades y vaivenes es una de las más avanzadas y mejor preparadas de nuestro entorno español y europeo. En el camino han intervenido también otros muchos, algunos hasta anónimos, pero ciertamente las pautas marcadas por ellos tres han sido fundamentales.

Desde la admiración sincera que sentimos hacia Benjamín Narbona, podemos imaginarnos a un joven quien tras superar aquel examen de estado que hubo, con premio extraordinario, inicia sus estudios de Medicina en ésta su Universidad, cursa la licenciatura con premio extraordinario, 30 matrículas de honor y después recibe el Premio nacional a su tesis doctoral. Acaba y empieza a ser médico, se decide por la Cirugía, mirándose en el espejo de sus mayores. Su curiosidad e inquietud por ensanchar conocimientos y progresar en su quehacer, le lleva a Martin Lagos y a José Gascó, sus primeros maestros, luego durante diferentes períodos a Derra en Düsseldorf, a Brunner en Zürich, Franke en Nürnberg, a DreW y Abrams en Londres y Birmingham y a Lortat-Jakob en París. Con ello se incorpora a la nueva cirugía emergente y da a conocer a la española en Europa.

Vuelve siempre a Valencia, a su querido Hospital Provincial, luego llamado Hospital General Universitario, donde ya mientras tanto había

asumido la responsabilidad de uno de los Servicios de Cirugía. Allí durante más de 45 años desplegó una intensa labor investigadora, docente y asistencial, la tríada básica de un médico universitario, en el estricto y amplio sentido.

Al entrar ayer Benjamín, en 1972 a los 48 años en ésta Real Academia, le recibía el entonces Presidente Don Francisco Javier García Conde, quien realzaba la sobriedad y precisión del lenguaje del académico electo, su afán de perfeccionamiento constante y su auténtica vocación para transferir los saberes adquiridos.

En su discurso de entrada Benjamín no habló de Cirugía ni de Técnicas, sino que disertó sobre la responsabilidad solitaria y personal en la medicina. Una responsabilidad personal que para él constituye un valor íntimo, propio, que al mismo tiempo exige libertad y que para él debiera ser norma y juez de toda conducta humana. Una libertad –como afirma Emilio Lledó- para poder desplazar la actividad y la capacidad creadora en una dirección positiva. Si en el médico su palabra, continuaba, –potenciada por su ciencia y su técnica no responde a la verdad moral, abusará de la confianza y el enfermo será poco más que un objeto utilizable en nuestro servicio. Esa responsabilidad personal –decía- “ha sido sin apelación mi ejercicio profesional. He querido siempre y quiero tan solo mantenerme en el deseo espontáneo de acercarme a la verdad, por encima de la utilidad, del éxito y del poder”

Y proseguía diciendo “el progreso derriba modelos antiguos y las medidas cambian, pero todo ello ni libra ni librará jamás al hombre de su responsabilidad. Por mucho que hablemos de equipos e instalaciones, de electrónica y monitorización, al final siempre habrá un hombre o una mujer, que solo ante la información obrará según su conciencia en un acto personal y solidario. Esa responsabilidad empieza a decaer, cuando va a ser exigida desde fuera y se convierte en colectiva, como opuesta a la personal.

Al hablar de la técnica decía, que “ésta es ya un fin en sí misma y un medio de poder” y parafraseando a Herman Meyer de Mainz, escribía “el poder es ejercido por personas que no reconocen ninguna doctrina ética por encima de la doctrina social estatal, capaz de justificar todos los excesos y los extremos. Políticos que usan sin rubor la palabra como

instrumento, hecha técnica por expertos para manejar al hombre-objeto, al hombre-voto. Parece como si la ética en este mundo, no es un es, sino un debiera ser al que tender.

Según él es hoy corriente negar una verdad insoslayable: la de que todos los médicos son diferentes, imponiendo esa falsedad igualatoria a los pacientes, enmascarada con aparatos y edificios, como en la vida de consumo con electrodomésticos y utilitarios. Si se piensa –manifestaba “que todo esto es literatura, trasnochada y retórica, despreciaremos la verdad moral y surgirán las ordenanzas y reglamentos, el cómodo funcionarismo con su cascada de responsabilidades hacia lo demás, la rutina y la picaresca”

Hasta aquí sus citas extraídas de aquel discurso del año 1972.

Desde entonces se han ido produciendo cambios y progresos importantes, algunos necesarios e inevitables, otros inadecuadamente reconducidos. Hemos pasado de una Medicina liberal a una socializada. El arte ha dado paso a la técnica, la vocación a la motivación, la Escuela de aquel Maestro de la Medicina a la formación oficial.

La autoridad, la responsabilidad y la atención a un paciente cada vez más culto y educado, son ahora compartidas con muchos. Cada vez hay más gente involucrada en la atención al ciudadano, en unas instituciones donde todos y nadie son responsables. El informe de la máquina “ad hoc” es más importante que la propia expresión del paciente. Cada vez hay más nuevas y diferentes patologías y más y nuevas indicaciones diagnósticas y terapéuticas y cada vez existe una mayor variabilidad y dispersión de la práctica médico- quirúrgica, propiciada por una industria comercial económicamente interesada.

Vivimos en un mundo con nuevas incertidumbres y en fermentación, donde la aceleración científica hoy es la variante más acusada de la propia aceleración histórica que nos toca vivir. También creando falsas necesidades, a costa de esquilmar la naturaleza y crear consumidores cautivos de esas necesidades. Aun así y todo sigue vigente para muchos de nosotros al menos, el que tradición y progreso no sólo son compatibles, sino que se complementan. Porque en el pasado podemos encontrar sentido y orientación hacia el futuro, no como visión pasiva de los hechos,

sino como actualización de los mismos en un presente que los acoge, condiciona y determina.

La fragilidad de la memoria social al hilo de los cambios y de la presencia prepotente del siempre joven presente, invita a recordar algunos de los momentos del largo camino profesional y académico de quien en nuestro país y fuera de él, mejor ha representado a la Cirugía valenciana. Ciertamente es que su currículum vital ya está ahí en los Anales de la Historia. Nos ha dejado sus hechos y sus obras, sus artículos y sus libros, sus geniales ideas y sus mensajes.

Él supo y ha sabido como nadie transmitir en su quehacer, estabilidad y progreso, evitando la pura identificación del progreso con el tecnicismo y así mismo evitando confundir las leyes y normas políticas o administrativas con el compromiso personal del médico con sus enfermos.

Aquel joven estudiante luego de acabar trabajó toda su vida, una vida dedicada a la Universidad, a la enseñanza, a la investigación, a su querido Hospital General Universitario, a la Academia, al Instituto Médico Valenciano, así como a la Sociedad Valenciana de Cirugía y a la de Medicina digestiva y a la Asociación española de Cirujanos, de todas las cuales fue elegido presidente. En el ámbito internacional atendió como miembro o directivo numerosas Sociedades y fue entre otras acciones fundador del Collegium Internationale Chirurgia Digestive y de la International Disease of Esophagus, recibiendo numerosos reconocimientos y premios fuera y dentro de España.

Con su personalidad y estilo, honestidad y responsabilidad, escuchando más que interrumpiendo, con mesura y pulcritud en la dialéctica, convenciendo siempre sin herir ha ido marcando la evolución de cada una de esas Instituciones o Sociedades. Defendió siempre el respeto mutuo en las ideas y la comprensión del prójimo en la desgracia o en la enfermedad.

Fue pionero aún en tiempos de penuria económica, realizando estudios experimentales aplicados después con gran ingenio innovador a una Medicina en plena evolución y diferenciación, en cirugía torácica, cardíaca o digestiva. Ingenió novedosas técnicas – como prolongación de sus conocimientos y de su ciencia- y que se universalizaron, entre otras

desde las comisurotomías, a las vagotomías o a las cardiopexias, siempre sustentadas en fundamentos biológicos de la cirugía.

Su Hospital - cuando aún pocos en nuestro País salían al extranjero- se convirtió en Sede de encuentros internacionales con los líderes mundiales de la Cirugía, mediante cursos periódicos destinados a la actualización, perfeccionamiento, intercambio de conocimientos y por tanto a la formación continuada de sus discípulos y colaboradores y a la de los que de otros lugares acudían. Este modo de ofrecer formación continuada pronto se fue extendiendo por toda nuestra Comunidad.

Gozaba como no podía ser de otra manera de la confianza de sus pacientes, quienes siempre- dentro o fuera, le buscaban y preferían.

Por su forma de ser y de estar, por sus conocimientos, habilidades y estilo, estimulaba y contagiaba no sólo a sus compañeros y colaboradores, sino también a los colegas y amigos de fuera. Con su presencia en nuestros congresos, cursos nacionales o extranjeros, tribunales o comisiones nos sentíamos seguros de nosotros mismos, acogidos y albergados por su presencia.

Bastaría conocer la personalidad de sus discípulos para saber cómo era el profesor Narbona. Él supo crear una Escuela de cirujanos, quienes a su vez adaptándose a los nuevos tiempos han ido abriendo como él nuevos caminos a la Cirugía, sintiendo todos el orgullo, siempre, antes y ahora de haberlo tenido como maestro y amigo; Olavarrieta, Fuster Diana, Sancho-Fornos, Centeno, David Dávila, Cervera, Vidal, Sastre, Calvo, Villalba, Zaragoza, LLoris, Caneti, Todolí, Diestro, José Medrano, Ariño, Del Rosal, Amorós,... Muchos de ellos están hoy aquí, algunos ya eméritos.

Un Maestro no es sólo un tutor y los que hemos tenido la suerte – como muchos de vosotros- de buscarlo y encontrarlo, sin atrevernos a definirlo lo sentimos toda nuestra vida.

Cuando le llegó la jubilación, la asumió como un trámite más de los entes administrativos, pero él no se jubiló ni socialmente, ni en el sentido primitivo de las legiones romanas y siguió adelante con la fuerza de su propio e íntimo proyecto existencial. No admitió homenajes, ni celebraciones, sino que volcó enseguida su atención sobre el IMV,

introduciendo en su desarrollo renovativo al recordado Salvador Lledó Matoses, para luego dedicarse también a ésta Real Academia de Medicina.

En ella con Don Vicente Tormo su amigo de siempre, entre otras acciones, culminó las reformas de los espacios que la misma dispone actualmente en la Facultad de Medicina de ésta nuestra Universidad.

Siempre donde quiera que estuviera mostró, su autoestima como valenciano y es por ello que además de sentir, hizo, volcando su atención a la historia de su Hospital y a la de la propia cirugía valenciana. De sus últimos libros, solo quiero recordar ahora aquí: El Hospital General de Valencia: Segunda mitad del siglo XX, del año 2005. Colegio y Escuela de Cirugía de Valencia, del año 2009 y la Historia del Santo Hospital General de Valencia 1512-2009, publicado en el año 2010. La finalidad de éste último fue y es el homenaje de la Real Academia de Medicina de la Comunidad valenciana, al Santo Hospital General, luego Provincial y finalmente Hospital General Universitario, cuando se acercaba su quinientos aniversario. Guardo los tres libros con sus entrañables dedicatorias a mano.

En la vida del profesor Benjamín Narbona Arnau sin embargo, su familia ocupó siempre la centralidad. Nos consta su felicidad junto a su amada Rafaela. Su precoz desaparición le debilitó, con sus hijos pudo irse recuperando y seguir adelante. Su hija Mayte Narbona tuvo y ha tenido una especial y permanente atención hacia su padre.

Varias Sociedades han escrito necrológicas dedicadas al desaparecido Maestro, entre otras las publicadas en Cirugía Española y en la revista Hispano-americana de hernias, firmadas por su querido discípulo David Dávila.

Me unió a él, como a muchos de Vds. una larga vida plena de respeto, admiración y afecto, cultivada durante más de 35 años en la cirugía, en la Academia, en los viajes y también en los momentos de reposo. Él me concedió su confianza y me regaló su amistad. De Benjamín mantengo no sólo recuerdos, sino frases y hábitos.

Siempre... conociendo su trayectoria desde fuera, lejos y de cerca, como ya dije, me dirigí a él como Néstor de los cirujanos de Valencia. Néstor es un personaje de la mitología helena de la Ilíada y la Odisea, que

en la aceptación de la cultura europea, significa aquel que llega a su meta, el prototipo del hombre adulto, anciano, sabio, experimentado, prudente y comprensivo cuyo consejo es tan decisivo.

Pero es que aquel joven que llegó y salió de ésta Facultad para con su ingenio y curiosidad abrirse al mundo, a las personas y buscar con honestidad y responsabilidad la verdad en la vida, en la ciencia y en su profesión, haciéndose mayor fue siempre coherente con su proyecto personal existencial. Creó futuro y además es, que a nosotros todos nos ha ido haciendo mejores, nos ha hecho felices estando con él y ahora como antes nos hace sentir orgullosos de haber convivido con él.

Pienso que aquí está la presencia de su ausencia.

En nombre de la Real Academia y de Vds. Creo poder decir,

¡Gracias Benjamín Narbona Arnau!